

PARTE I

Marzo a agosto de 2007

Descarga la novela completa en Amazon



Prisionera

Gabriela Alfie

Primera Edición, 2020

Copyright a nombre de: **Gabriela Alfie**
ISBN: **978-987-86-7456-8**

Coordinación Editorial: **Rocío Zambianchi**

Diseño de interior: **Ariel Villalba**

Diseño de portada: **Colmena Cultural**

Imagen de portada: © **Shutterstock**

Servicios editoriales a cargo de Colmena Cultural
www.colmenacultural.com

El contenido de esta obra no puede ser reproducido, ni registrado, ni transmitido por medio alguno electrónico, mecánico, fotoquímico o magnético, por fotocopia, grabación o cualquier otro sin la autorización previa y por escrito de Gabriela Alfie.

Descarga la novela completa en Amazon



1

Emilia

“Ahí atrás, tapada por el maquillaje”

Cuando me casé con Javier yo quería conquistarlo todos los días y vivía pendiente de él. Me levantaba más temprano para peinarme como a él le gustaba, ¿le gustaba?

No sé cómo mi conquista se transformó en sometimiento:

Yo puedo ir al banco. *No te metas.*

Pero te ayudo con la contabilidad del campo. *No jodas.*

¿Venís a comer? *Qué sé yo.*

Porque te voy a preparar... *Me da lo mismo.*

Un grito primero, un golpe después, y otro. Siempre por mi culpa. No sabía bien qué hacer por él: me cansás, me agobiás, me decía justificando la violencia.

Pero cada mañana yo hacía un esfuerzo y sonreía, me arreglaba muy bien. Y el maquillaje para tapar un moretón. Solamente para que me mirara, al menos que reparara en mí.

Pero no dije nada de esto. Sentados frente al escritorio del abogado, me limité a sonreír estúpidamente, me miré las uñas recién arregladas como quien espera hacer un trámite de rutina y accedí a entregarle todo lo que él pedía.

¿Y yo, dónde había quedado? Ahí atrás, tapada por el maquillaje. Ahora, al final de nuestro matrimonio, la conquista era de él.

Salí lo más rápido que pude del estudio jurídico, el abogado era amigo de papá y yo no quería encontrarme con su hijo Nacho. Habíamos compartido la infancia y días atrás nos habíamos visto por casualidad en el shopping. Por Dios, qué vergüenza me daría que él se enterara de cómo había cambiado mi vida.

Llegué a Buenos Aires una mañana de febrero, huyendo de mi marido. Salí en el único micro que entraba al pueblo a la noche, cargando con mis chicos y una valija por único equipaje. Papá nos esperaba en Retiro, se alegró al vernos y no me pidió explicaciones. Así es él: poco comunicativo y en este caso fue un alivio.

Nos instalamos los tres en mi cuarto. Aunque papá insistió en que usáramos también la habitación de vestir de mamá, preferí quedarme con los chicos allí.

Tomás tiene sólo dos años y Luciana, seis. No quería separarme de ellos; sentía que eran lo único verdaderamente mío.

Descarga la novela completa en Amazon



Al llegar, los chicos comenzaron a revisarlo todo: algunas muñecas que no se habían regalado, un juego de tacitas de té de porcelana en miniatura, un cuaderno donde yo escribía frases de amor rodeadas de corazones y florcitas, un Topo Gigio gordito, de un paño suave con las orejas y las patas de goma, varios cassettes con música infantil cuyas cintas sobresalían y Luciana intentaba arreglar. Dentro del placard aún colgaba mi uniforme de la secundaria con el jumper azul y la camisa blanca, impecables, y sobre ellos una caja enorme forrada con ositos rojos y un cartel que decía “fotos y pinturas”. Bajé la caja: además de algunas fotografías había telas pintadas con acuarelas.

—¡Mamá!, ¿vos pintabas así? —preguntó Luciana. Papá la escuchó y la llevó a su biblioteca donde tenía varias pinturas mías en marcos dorados, iluminadas por finos apliques.

Esa primera noche en Buenos Aires me invadieron las mismas pesadillas que tenía en la infancia. Me levanté y salí al balcón que daba a la avenida Libertador. Había huido del ruido, creyendo que encontraría la paz en el campo, en la vida llana y simple, como si la causa de mi incertidumbre fuera Buenos Aires. Y ahora otra vez en el mismo lugar.

No podía conciliar el sueño y encendí la computadora. Javier estaba en línea.

«Emi, estás ahí???

Ignoré el mensaje instantáneo, pero él insistió:

» *Por favor, respondeme!!!*

Intenté concentrarme en la lectura.

» *Cuándo volvés??*

» *Te dije que necesito tiempo para pensar*

» *Pero los chicos son también mis hijos*

» *Te hubieses acordado antes*

» *YA TE DIJE QUE VOYA CAMBIAR!! Volvés conmigo o voy a buscarlos*

» *Ni se te ocurra aparecer.*

» *Voy a cambiar, te lo prometo. Hasta voy a dejar los rallys y me voy a dedicar mucho más a la administración del campo, TE LO JURO!!!*

Prometía, también, que no me volvería a levantar la mano. “Levantar la mano”, como si sólo se hubiera tratado de un leve gesto de impaciencia. Pura exageración mía, según él.

Pasé toda la noche despierta, mirando a mis hijos dormir, tratando de adivinar sus sueños. Si había algo real o esperanzador en mi vida, eran ellos.

Las mañanas de Buenos Aires, catastróficas, se parecían a un terremoto o a un ciclón encarnado por mis hijos. Ni bien Luciana se levantaba, con los ojos húmedos, me preguntaba cuándo llegaría su papá. Y Tomi —que, aunque no hablaba, comprendía— se ponía a llorar. Después, las peleas y persecuciones entre los dos:

—¡Mamá! Tomi me rayó mi cuaderno de clase.

—¡Buaaaaa! —lloraba Tomás luego de recibir un empujón de su hermana.

Y la leche que se derramaba sobre la mesa, y correrlos para que se vistieran. El encierro en un departamento nos hacía mal a los tres. Yo misma extrañaba el campo y ese pueblo donde dejábamos la puerta abierta y ellos jugaban en la vereda con los chicos de la cuadra. La bicicleta y el triciclo quedaban afuera cuando entraban a comer y, más de una vez, se olvidaban de guardar los juguetes que amanecían junto a la ventana o en el umbral. Luciana había aprendido a montar y casi todos los días a la salida del colegio se iba al campo con Javier.

Los chicos sufrían el contraste y extrañaban al papá. El abuelo se desesperaba por atenuarlo: un triciclo a batería para Tomi, muñecas para Luciana, paseos al zoológico. Eran parte de sus buenos intentos por compensar la falta de campo.

Descarga la novela completa en Amazon



Pensé que al vivir tan lejos de la naturaleza, sería bueno llevar a Luciana al Jardín Botánico para que disfrutara de las plantas. Pero ella estaba fascinada por todo lo que la ciudad le ofrecía.

—Vamos al shopping, mamá, ¿y los patines que me prometiste?

Fuimos. Había poca gente en la juguetería. Un chico de la edad de Luciana pasó corriendo frente a mí y me pareció conocido. Lo seguí con la mirada hasta dar con los ojos del padre:

—No... ¡no lo puedo creer!

—¡Emi!

Nos abrazamos y Nacho me hizo cosquillas en la cintura como había sido su costumbre: primero me sorprendí yo misma riéndome, hasta que terminé a las carcajadas. Luciana dio un respingo cuando me escuchó y hasta uno de los vendedores se acercó para ver qué pasaba.

Ignacio, el hijo del abogado de papá, era mi amigo de la infancia, de toda la vida. ¿Y qué pasó estos años? Y este es tu hijo, terrible, igualito a vos. Y esta es tu hija, una belleza, igualita a vos. Luciana que me tironeaba el vestido y el hijo de él que había derrumbado una torre de autos apilada hasta el techo. Y yo, que hacía tanto que no me reía a carcajadas.

—¡Los patines, mamá!

En medio de los comprame y quiero de los chicos, intentamos ponernos al tanto de nuestras vidas: ...tengo dos hijos, yo uno pero parecen veinte, comprame papá, te creía viviendo en el campo, quiero esta muñeca mamá, pero me separé, yo también.

—Vení al estudio, trabajo con mi viejo, aunque estoy por irme por mi cuenta muy pronto.

—Justamente, tengo que ver a tu papá —le dije recordando lo de mi divorcio.

—Podés verme a mí.

Y me dio su tarjeta.

El campo donde vivíamos con Javier, la casa del pueblo y todo lo que teníamos era de mi familia. Pensé que el divorcio sería sólo para acordar las visitas a los chicos. Papá me había dicho que me limitara a eso, que a Javier no le correspondía nada material. Pero mi marido se había sentido siempre dueño de mí y exigió. No había acuerdo.

Me asombró el cambio de posición de papá después de un tiempo, cuando me insistió en que le cediera a Javier lo que no le correspondía: una parte del campo con los galpones, silos y maquinaria.

—Por el bien de los chicos, Emi. No peleen y dale lo que pide —explicó papá.

Después me acordé de que Javier había extorsionado a papá noches antes. Se suponía que yo no estaba enterada.

Como a mí me costaba dormir en Buenos Aires debido a aquellas pesadillas de mi infancia que se repetían permanentemente, deambulaba por la casa leyendo de a ratos o usando la computadora de papá. Una noche, oí movimientos y unas voces que provenían de la biblioteca. Eran papá y mi ex marido. Pegué la oreja contra la puerta y pude escuchar la voz alta de mi papá:

—Si me estás amenazando... —y sonó un golpe de puño sobre la mesa.

Después unos murmullos, y el cajón que se abría y se cerraba con un golpe seco.

“Papá tiene armas” —pensé sobresaltada— “y Javier es violento”. Me corrí hacia un costado tapándome los oídos. Pero continuaban hablando en tono bajo y fluido.

Un ruido de sillas y movimientos me dieron a entender que la reunión había terminado; me escondí en el toilette que está cerca de la puerta principal. Los vi pasar, Javier iba adelante y en su rostro había cierto aire de orgullo o de felicidad.

Descarga la novela completa en Amazon



Me fui a dormir apesadumbrada: tal vez papá lo había citado para que no nos molestara...

Y ahora que mi divorcio ya estaba por resolverse, para qué averiguar más, pensé al firmar el acuerdo. Esa tarde papá apareció con una torta enorme para festejar mi cumpleaños, pero lo cierto era que sólo estábamos con los dos chicos y Nemesia, la mucama. Mi hija Luciana se empeñó en poner las veintiocho velitas y las contó varias veces mostrándole al abuelo su habilidad con las matemáticas. Nemesia también intentaba crear un clima alegre y trajo un viejo pasacasette con el “Cumpleaños feliz” del Topo Gigio. Era la música de mi infancia, pero el sonido ronco y entrecortado de la cinta gastada me llenó de tristeza.

—Pedí tres deseos, mamá.

Por suerte encendieron las velitas y el brillo exagerado disimuló mis ojos nublados al borde del llanto.

Alejarme de Javier me había quitado un terrible peso de encima y ahora podía pensar más en mí. Empecé a hurgar en mi placard, igual que los chicos, pero poniendo atención en los detalles, observando y analizando mis pinturas: la mayoría eran muy tristes, algunas salpicadas con manchas rojas que ahora me causaban cierta impresión. Recuerdo que mis padres me estimulaban a pintar y me auguraban un futuro repleto de éxitos como artista. Incluso varias de mis obras habían sido observadas por críticos de arte. Ellos interpretaban lo que yo nunca había pretendido expresar: pasión, vitalidad, fuerza decían y yo, por no defraudarlos, asentía sabiendo que eso era mentira. Para mí, pintar era la única manera de expresar mi ansiedad.

También encontré un cuaderno. “Para conocer el verdadero amor, debes sufrir por él”, decía una de las frases. Recordé que escribía estos dichos cuando estaba en la secundaria. Fue entonces cuando conocí a Javier. Yo vivía aquí, en Buenos Aires y él allá, en Los Aperos, el pueblo cercano al campo, así que nos veíamos cada tanto: los fines de semana largos cuando mamá me permitía ir en micro, en las vacaciones de invierno y durante el verano. Yo pasaba el tiempo libre pintando y buscando frases de amor para mi cuaderno. Las escribía en letra cursiva, cuidando mucho de hacerlas prolijas, casi artísticas. Desde esa época yo suponía que el amor iba unido al sufrimiento.

—¿De qué te reís, mamá? —me preguntó Luciana, haciendo equilibrio.

Sentada en Palermo, mientras ella estrenaba sus patines y Tomi la seguía con el triciclo, pensé en Nacho: los mejores recuerdos de mi infancia habían sido junto a él, era el único que lograba hacerme reír con sus travesuras y ocurrencias. Y aún conservaba cierto aire infantil en su rostro, ahora enmarcado por una calvicie incipiente a ambos lados de la frente. Pero si apenas es dos años mayor que yo, reflexioné dándole rienda suelta a la costumbre de reparar en lo exterior de las personas. Mamá siempre me repetía que la imagen era lo importante para saber el valor de la gente. Y aunque yo no pienso así, no pude dejar de recordar cómo estaba vestido Nacho aquel día en el shopping: unas bermudas con enormes cuadros que dejaban a la vista las pantorrillas peludas como las del mono que había visto con los chicos en el zoológico días atrás, más la remera con rayas horizontales varios talles mayores al suyo, completaban en su aspecto un aire circense. Pero a pesar de eso no podía dejar de pensar en él.

Cuánto me hubiera gustado seguir conversando, en cambio, decidí huir lo más pronto posible: hablé rápido, haciéndome la apurada, como si alguien me estuviera esperando.

Yo nunca sabía si debía dejarme guiar por mis sentimientos o no, tenía el hábito de dudar de mi propio juicio y me preguntaba: ¿qué hubiera hecho fulanito si estuviera en mi situación? Ese fulanito había ido cambiando con el paso del tiempo: de chica era mamá, hasta que se le desató la locura y yo quedé con un terror inconfesable de heredarla, entonces ya no quería pensar como ella sino más bien todo lo contrario. Después las fulanitas para idolatrar fueron algunas compañeras del colegio o de la universidad que yo reconocía como admirables y decididas por su personalidad aunque ni siquiera habían llegado a ser mis amigas. Y ahora, frente a Nacho, no tenía a mano ningún fulanito como referencia, así que opté por escapar.

Luciana logra dominar los patines y su ir y venir a mi alrededor me traslada a otra dimensión, como si en cada arrastrar de sus pies sobre el pavimento dijera: huir, huir, huir, huir con cierto ritmo, tocando una melodía de fondo para mí.

Descarga la novela completa en Amazon



Empezaba a acostumbrarme a la nueva rutina de madre sola en Buenos Aires: ir y venir con Luciana a la escuela, ayudarla con la tarea, Tomi corriendo por el departamento, ella que le grita, Nemesia que se queja porque rompen un vaso, a bañarse, a cenar. Y digo “madre sola” porque mi caso no era el de las que se divorcian y el ex marido viene a buscar a los chicos el fin de semana y se ocupa también de ellos.

Mi último contacto con Javier había sido en el estudio jurídico. Una vez que él logró su objetivo económico desapareció de mi vida y de la de los chicos, que lo anhelaban y no dejaban de preguntar cuándo vendría.

—Lo voy a llamar al celular —dijo un día Luciana muy decidida. Había aprendido a marcar sola y me pidió que le anotara su número. Durante toda una semana lo llamó al llegar de la escuela, pero él nunca le respondió. Tomi comprendía y se quedaba junto a su hermana mientras marcaba, con la mirada hacia arriba, con la esperanza puesta en cada número que ella presionaba.

—Está el contestador, cuando escuche mi mensaje seguro que me va a hablar.

Pasaban los días y Luciana insistía. Preguntaba a todos en la casa si habían atendido algún llamado de su papá.

—Seguro que me va a llamar —Luciana estaba expectante y yo sólo tenía ganas de llorar por el daño que le estaba causando.

Papá percibía todo y trataba de amortiguar los golpes.

Una tarde llegué de la escuela con Luciana y papá me estaba esperando con una sonrisa algo extraña.

—Llamó Nacho al mediodía, cuando saliste a llevar a Luciana. Vendrá esta noche, ¿no sabía que se hablaban! —¿Qué?

—Me parece muy bien, hijita, sos joven y tenés que rehacer tu vida.

Me sonrojé un poco y no sabía qué hacer. ¿Viene así, directamente?, a mí no me lo preguntó.

El resto de la tarde seguí con mi rutina y me hice la indiferente. Papá, en cambio, estaba ansioso:

—¿No te vas a arreglar, Emi?

—Después.

—Yo me ocupo de la cena de los chicos ¿querés ir a comprarte algo lindo para ponerte?

—No hace falta, papá.

Sonó el timbre.

—Decile que estoy cansada, me voy a dormir.

—¡Por favor, Emi! Arreglate un poco mientras yo charlo con él.

Tardé muchísimo probándome y cambiándome la ropa interior, haciendo combinaciones exóticas con vestidos y zapatos.

Papá vino a buscarme varias veces:

—¿Estás bien?

—Sí, ya voy.

—Vamos, Emi, salí de una vez —vociferó.

Aparecí mostrando una actitud rígida, como si se tratara de una cita formal.

Nacho no disimuló su impaciencia:

—¡Por fin! —me saludó con un beso en la mejilla y me hizo cosquillas en la cintura.

Descarga la novela completa en Amazon



Me reí como si me desarmara.

—Los dejo, chicos —dijo papá.

—Vamos a dar una vuelta —invitó Nacho, y me agarró de un brazo levantándome de la silla, sin preguntarme si yo estaba de acuerdo o no; parecía ser ese su estilo.

—¿Cenamos? —y aunque el tono era de invitación, sonaba a una orden.

Nacho se había vestido normal esta vez, con un jean, camisa y zapatillas. Yo me había puesto tacos y quedaba más alta que él: no era un hombre que una se detuviera a mirar por la pinta, pero así y todo tenía algo especial.

Sonriente, mientras me abría la puerta del auto, y sin esperar mi respuesta, enumeró rápidamente haciendo una reverencia como si fuera un mozo:

—Sushi, pasta, pizza, lo que quieras, ¡estoy muerto de hambre!

—Sushi está bien —le dije, aunque en realidad no me caía bien el pescado y me hubiera encantado ir a una pizzería.

A esa hora había poca gente en el restaurante japonés, nos sentamos juntos frente a una mesa baja. El sillón era mullido, incómodo para comer pero agradable para conversar. Una vez que ordenamos las tablas de sushi y el champagne, Nacho giró hacia mí poniendo un brazo sobre el respaldo y acercándose cada vez más, ingeniándose para hacerme reír con los recuerdos de nuestra infancia juntos:

—Yo esperaba el fin de semana para ir a la quinta con vos —me susurró como diciéndome un secreto— ¿Te gustaba jugar conmigo? —y me encantó sentir tan cerca su voz ronca y provocadora.

—¿Te acordás de cuando me dejaste arriba, en la casita del árbol hasta la noche?, sacaste la escalera y yo no podía bajar —le dije, continuando el juego de hablarnos en secreto, acercándome suavemente y señalándole sus pequeñas maldades.

Nos reímos. Y él recordó aquella vez en que se había quedado en mi casa por un mes, porque sus padres habían viajado a Europa.

—Fue el mejor mes de mi vida, ¿sabés? —y se acercó más, yo corrí mi cabello hacia atrás y ahora sentía su respiración junto a la mía, también su perfume. Seguro que vos no te olvidaste.

—Me desarmaste todas las muñecas.

—Me encantaba jugar con vos a los indios, eras mi cautiva —Y me rodeó con sus brazos simulando el juego. Moría por continuar así, sujeta por él en la oscuridad, pero me repuse un poco y retomé la conversación:

—Brindemos por todas las carreras a caballo que yo te gané en el campo. —De pronto, el deseo despertaba mi orgullo. Había un pasado feliz.

La conversación era muy especial, sólo sobre nosotros dos, como si nadie más hubiera existido.

Estábamos tan cerca; lo miré a los ojos: muy oscuros, inquisitivos, brillaban tanto en la penumbra que el resto de su rostro quedaba desdibujado.

Mientras él hablaba, reparaba en mis reacciones a sus palabras y las acompañaba con suaves caricias sobre mi cabello.

—A ver, Emi, si tus ojos son los mismos —y sentí sus dedos tibios recorriendo mi frente, bajando.

—Ummm, creo que no tienen la misma cantidad de manchitas amarillas —y seguía hablando sólo con la excusa de continuar así, él sujetándome y yo riendo.

No me sorprendió encontrarme en su departamento, la amistad nos daba confianza.

Descarga la novela completa en Amazon



—Este es el cuarto de mi hijo —me dijo, mientras tropezábamos con algunos juguetes— tengo la tenencia compartida.

—¿Y esta foto? —pregunté, sosteniendo un portarretratos.

La fotografía mostraba a Nacho frente a una torta de cumpleaños. Junto a él estaba yo, con una enorme sonrisa de pocos dientes. Detrás había algunas personas mayores, los padres de él y los míos. A los costados se veían otros chicos que yo no recordaba.

Él acercó su rostro al mío para mirar la foto y sentí el roce de su barbilla, el perfume cuando me rodeó con sus brazos y su respiración intensa.

—Cuánto cambiaste —me susurró.

De pronto, su proximidad me inquietó y me invadió una mezcla de temor y deseo.

—Me voy.

Y busqué la cartera dirigiéndome a la puerta. Las ganas locas de huir otra vez.

Nacho se sorprendió y me tomó del brazo.

—Emi, yo te llevo —y me miró a los ojos. Se detuvo, serio esta vez, tratando de descubrir el motivo de mi rechazo.

Descarga la novela completa en Amazon

